

Pensamientos y glosas

«Aquí el ateísmo es pecado venial. siempre que no se atente contra el régimen consagrado de propiedad».

(K. MARX).

Aquí, en la Inglaterra de 1867; aquí, allá, acullá, en todas partes, regiones y religiones.

Es pecado venial –culpa levis. Claro que, oficial, solemne y pontificalmente el ateísmo es pecado mortal, por excelencia y eminencia. *Mortale ex toto genere* suo, como dicen en su horrendo latín los tratados de moral. Pero nadie se llama ya a engaño; el ateísmo del que cree en el sagrado y divino derecho de la propiedad privada y capitalista es, realmente, pecado leve, venial. Pecadillo de lógica, de descuido en el razonar.

¿Quién puede admitir –decía Sócrates en su apología– que exista lo caballar y que, con todo, no haya caballos; que se dé lo demoníaco y, no obstante, no haya demonios; que exista lo divino y, sin embargo, no haya dioses? ¿Quién, si no es por falta de lógica, puede admitir lo divino, sagrado y consagrado de la propiedad privada, y negar o no admitir que haya Dios?

Todo el ateísmo de quien cree en la propiedad privada y capitalista no pasa de inocente falta de lógica.

Si la propiedad privada es, de suyo, sagrada, consagrada, bendecible y bendita, su conservación y difusión son actos divinos, sagrados, bendecibles y benditos. Luego se cree, *realmente*, en Dios, al practicarla; son actos de religión. ¿Qué falta hace ya una profesión verbal y expresa del teísmo? Ya se entiende y sobrentiende; y así lo entienden y lo dan por entendido las religiones al uso occidental. ¡Gran caballero es Don Dinero; gran creyente es Don Dinero; gran religioso es Don Dinero! (Y ¡qué indiscreto soy yo en decirlo, sobre todo por boca de Marx!)

La condición mínima, aunque no suficiente, para que sospechemos que alguien cree, *sinceramente*, en Dios es que no crea en la divinidad y santidad, legalizadas religiosamente y bendecidas, de la propiedad privada capitalista.

El ateísmo será pecado grave, gravísimo. Si, además de negar la existencia de Don Dios, niega no menos resueltamente la santidad y divinidad de Don Dinero.

No podéis servir a dos señores: a Dios y al Dinero (Cristo).

Vende todo lo que tengas, dalo a los pobres, sígueme y tendrás un tesoro en el cielo (el mismo Cristo).

(¿Y quién me excusará por juntar en una glosa a Cristo y a Marx? De seguro, los pobres, el Pueblo. ¿Alguien más?)

Hágase el milagro y hágalo el diablo (refrán popular).

1. Glosas del amante del *Bien*.
Hágase el milagro aunque lo haga el diablo.
Hágase el milagro, aunque no lo haga yo.
El milagro es milagro, aunque no lo haga yo.
2. Glosas del amante de *su bien*.
No se haga el milagro, si no lo hago yo.
El milagro que no hago yo, no es milagro.
3. Glosas del amante de *Dios*.
El milagro que no hace Dios, no es milagro.
Hágase el milagro, mas hágalo Dios.
4. Glosas del *Hombre*.
Nada de milagros; obras humanas y nuestras.
Nada de milagros: no hay más milagrero que el Trabajo.

Lo divino, dicen los teólogos clásicos, se da libre y graciosamente a participar; y lo que da se llama gracia *divina*. Pero, desde el siglo XVI, lo divino se ha *repartido*. Se repartió la divinidad de los reyes –sus derechos divinos–, y se los apropió el Pueblo soberano; y dejó de haber reyes absolutos por derecho divino.

Se ha repartido la divinidad de los padres y los hijos; y ya los padres no somos representantes de Dios; los hijos son ya por derecho divino los mandamás en todo.

Infalible es, por derecho divino, el Papa; pero su infalibilidad se ha repartido ya entre todos, y a todos nos ha tocado un trocito. La mayor tajada a los dirigentes políticos y una no menudada a los periodistas. Y a este paso, al Papa no le va a quedar infalibilidad más que para definir un dogma por siglo.

Y se han repartido los estudiantes la divinidad e infalibilidad de los maestros y profesores; y ya son ellos los divinos e infalibles. Poco les ha debido tocar en el reparto, porque poquita era ya la divinidad e infalibilidad de profesores y maestros.

¡Recordad, Pueblo, hijos, estudiantes, políticos y periodistas, que la divinidad es atributo indigesto, y que la infalibilidad es entontecedora! –para los humanos que somos todos, sin excepción.